

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, noviembre de 1957

Núm. 1065

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

LOS SANTOS EMIGRADOS EN EGIPTO (Estampas bíblicas)

(Conclusión)

II

La orden de salida

EL amanecer llegó: una blanquecilla nube de los cielos descendió, y al sicomoro cubrió. Un misterioso querube como un sol resplandeciente quiebra el acuoso diamante de aquella nube fulgente, vaporosa y trasparente, saliendo de ella triunfante.

Blanca era la vestidura de la celestial visión, tan blanca cual blancos son los hábitos de clausura de las vírgenes de Sión. En su ancha frente brillaba de un lucero los destellos; chispas de luz que imantaban, sus azules ojos bellos serenamente irradiaban. Una estela luminosa en pos de sí va dejando la figura silenciosa, y a la cabaña llegando, dijo con voz animosa:

—Yo soy Gabriel; del Señor el enviado predilecto; el emisario directo del Sér Supremo Hacedor, para anunciarte al efecto: «A tu puerta estoy, José. Levántate y toma al Niño y a su Madre; y a Israel vete, pues muertos han sido quienes matar querían a Aquel»

Cesó el Arcángel de hablar, e inclinando la cabeza con reverente nobleza, en esta actitud sin par, mostró su delicadeza. Espesa nube envolvióle entre sus pliegues de encaje; de la tierra separole, un nimbo de luz rodeóle... y emprendió célico viaje.

IOSE ya se levantó, y a MARIA participó la gran revelación fiel del Arcángel San Gabriel y al NIÑO DIOS despertó. Los humildes Desterrados, la marcha al punto emprendieron obedientes y callados; y a Gehová agradecieron dándose por remedios. De Matarieh a la salida, su hospitalaria acogida recordaron cariñosos; fueronles beneficiosos siete años allí de vida.

Harían el recorrido a pié, tanta es su pobreza; los tres solos, por sabido; y al amparo protegido de la inmortal Providencia. Al entrar en el desierto JOSE su rostro frunció, y los ojos de MARIA de lágrimas se cubrieron, JESUS NIÑO sonreía. Junto a aquel Patriarca anciano que le servía de Padre llevándole de la mano, y al lado su Santa Madre, con asombro más que humano los Peregrinos notaban un extraño desconcierto: las dis-

tancias del desierto con rapidez se acortaban, moviéndose en campo abierto.

JESUS, MARIA y JOSE merced al favor divino salvaron todo el camino antes del anochecer, Aquello fué milagroso; y así lo reconocieron MARIA y JOSE, pues sintieron por el NIÑO poderoso fé y adoración sincera, que en tan larga travesía les ha servido de guía y el tiempo no les rindiera. Solo les falta cruzar la Idumea siempre estéril, para enseguida llegar a Judá la tierra fértil. Como es ya noche cerrada un refugio andan buscando para quedarse aguardando que llegue la madrugada.

En el despoblado aquel existen antiguas ruinas, hoy y torrenteras, colinas, y reducidos a granel. Pronto allí una cueva vieron donde poder resguardarse, de la intemperie librarse y al refugio se acogieron. Dentro, los pobres vestidos de aquellos tres Caminantes, fueron los lechos flamantes para sus cuerpos rendidos. Con sueño reparador dormían plácidamente, que iban a ver prontamente su hogar, familia y amor.

Mediada la noche aquellos dos hombres se presentaron a la entrada de la cueva; uno tras otro llegaron, mas por dirección opuesta.

—¡Dimas!, preguntó el primero que acudiera de los dos.

—¡Gestas!, respondió el postrero con ademán altanero. Y el diálogo prosiguió.

—Ya ves que he sido puntual a tu llamada y visita.

—Tampoco yo lo hice mal, en acudir a la cita.

—Entremos, pues.—Entremos, sí ¿Quiéres que encendamos luz?

—Es excesiva virtud; mejor estamos así.

—Tienes razón. ¿Para qué?, para hablar no es necesaria; tal vez fuera temeraria.

—Bien puede eso suceder. Aves nocturnas que somos con ansias de libertad, buscamos la oscuridad. Mútua defensa, los plomos de nuestras armas, y ¡en paz! Sentémonos ahora; cansado estoy, porque llevo al vuelo.—Se sentaron en el suelo ambos, sin ningún cuidado.

—Tu emisario, dijo Dimas después de pausa ligera, me ha dicho que deseabas

trasladarte a las estepas de Samaria, con tu gente.

—Verdad es, explicó Gestas cordialmente a su compinche, prosiguiendo:

—Las arenas del desierto, están como él; ya no se topan en ellas ni el más mínimo remedio que valga un poco la pena. Mis soldados que codician el botín, la orgía anhelan después del rudo combate y se aburren a la espera con días de sol emboscados entre breñas o entre las peladas rocas, otras caravanas nuevas que desvalijar. Ya ves, que yo les lleve interesan a un país más socorrido. Y como tú el jefe eres de los montes de Samaria, quiero saber si nos dieras tu franca hospitalidad, mejor dicho, si quisieras que tu guarida también de refugio nos sirviera, y el botín lo partiríamos en amistad verdadera.

—Mi hospitalidad yo nunca la negué a quien a mi puerta llamase. He aquí mi mano, dijo Dimas.—Y la mía, dijo Gestas. Los dos se las estrecharon mutuamente.

—¿Luego aceptas?—Puedes venir cuando gustes; armas no hará contra vuestra gente la mía, os lo aseguro.

—Trato es trato; sellado queda.

En tal momento se oyó entre dudas y sorpresa un suspiro que salía del extremo de la cueva. Gestas llevó presuroso al cinto su mano diestra para sacar un cuchillo, y musitó con voz queda:—Aquí hay gente.—Tal creo yo, murmuró Dimas.—Aguarda, encenderé luz... Y Gestas sacó una cuerda azufrosa que llevaba por su cintura, y afuera buscó dos guijarros lisos, frotándolos con violencia uno y otro pedernal, teniendo en medio la mecha, hasta que esta se inflamó, y una llama amarillenta se produjo difundiendo rancio olor de pestilencia. Armado de tal antorcha y confiado se adentra al interior de la roca, y ambos al registro emplezan.

Dimas fué quien vió el primero tendidos sobre la tierra a los Viajeros dormidos. Se estremeció su conciencia creyendo reconocerlos.

—Hé aquí un botín, exclamó Gestas, que no esperaba encontrar refugiado en la caverna; e hizo ademán de acercarse. Dimas le paró.—¡Oye!... espera. Al ver esa pobre gente he sentido mucha pena.

—¡Bah! ¿pero qué es lo que quieres decir con tanta simpleza?

—Que respetemos el sueño de esa familia misérrima.

—Yo no dejo de perder la ocasión que se presenta, como no la perderá tampoco la soldadesca romana cuando me coja y de mí den buena cuenta.

—Te ruego, amigo, por lo que más ames en la tierra. su dulce sueño respetes.

—Lo que yo con preferencia más amo, son los dineros de cualquier modo que sea.

—Pues bueno, hombre, no les toques, y tuyos serán sin tregua mis veinte dracmas de plata. (1)

—Son muy poco esas monedas para mi grande codicia.

—Añade a la suma esa, este cinturón de cuero flamante que me rodea, y este cuchillo acerado damasquino, de hoja convexa.

Aquel miró los objetos silencioso...

—¿Aún titubeas? Si rehusas lo que propongo, te disputaré la presa; decídetelo pronto. — Acepto — Y objetos tomó y monedas.

En este crítico instante, una voz se oyó en la cueva muy insinuante y muy clara, que decía: —*Dimas, Gestas; vosotros moriréis conmigo, uno a mi derecha y otro a mi izquierda.*

Los bandidos, asustados, huyeron de la caverna. El buen Dimas murmuraba caminando hacia la Idumea: —Es el Hijo de María, Jesús; quién me lo dijera: le he reconocido, sí, por su voz que al alma llega.

Gestas, en tanto, decíase: Este Dimas no se presta para hacer tratos; cuán torpe. Porque desplumada no fuera una andrajosa familia, me dió como recompensa 20 dracmas y su puñal. La ventaja irá completa en mi parte, si a su lado mi gente y la suya operan.

Amaneció. El Santo Triduo abandonaba la cueva para reanudar su marcha camino de Galilea, llegando al tercer día a Nazareth, y «se cumpliera todo cuanto habían predicho en lo antiguo los profetas: «que Jesús será llamado Nazareno». (2)

Ya muy cerca columbran los Desterrados con una alegría inmensa, desde la altura de un monte, un valle; las chimeneas y las techumbres plomizas de las humildes viviendas; los verdes prados tranquilos, donde corderos y ovejas de la mañana a la noche buscan la jugosa yerba.

¡Nazareth! Todo es ventura en tan pacífica aldea. Llegaron sin más aviso que su añorada presencia, JESUS, MARIA y JOSE al lugar del que partieran siete años antes. Los guiara la Divina Providencia.

Sus parientes y amistades con alegría verdadera regocijados abrázanles y les dan la enhorabuena. Halló JOSE su casita instalándose en ella; MARIA bendijo a DIOS; y JESUS, con reverencia elevó al Cielo sus ojos, dando gracias a la Eterna Misericordia del Padre que las desgracias remedia.

La próxima *Estampa bíblica*, si Dios quiere, ¡alabado EL se! versará sobre motivos refiriendo la hogareña vida del Triduo Cristiano, sencilla, laboriosa, honesta, que seguían en Nazareth por la voluntad suprema.

(1) Aproximadamente 450 reales vellón de nuestra divisa de entonces.

(2) *Evangelio SAN MATEO*, Cap. II.

Por la adaptación;

Moisés García Fernández

Señora preguntona y tren correo

Doña Hurguillas tiene que ir a Villalba, donde su hermana. Sólo ha estado veinte veces y, naturalmente, tiene mucho miedo de equivocarse de tren. ¡Hay tantos trenes y tan pocas Villalbas! Nada tiene que hacer en otro sitio cualquiera del mundo, pero en Villalba sí; allí tiene una hermana, un cuñado y siete sobrinos. En fin, es otra cosa.

Antes de entrar en la estación toma sus primeras precauciones. Se dirige a un señor que tiene cara de buena persona, aprieta el bolso contra el pecho para que no se lo quiten (el señor, a pesar de la cara, podría ser un desaprensivo) y pregunta:

—¿Es esta la estación de donde salen los trenes que van a Villalba?

—Sí, señora.

—¿Está usted seguro?

—Sí, señora.

Ella ya lo sabía, naturalmente, pero así lo sabe mejor. El saber un poco más no ocupa lugar, aunque haga perder el tiempo a los otros. Pero eso es lo de menos. Entra en la estación se acerca a la única cola y pregunta:

—¿Es la cola de la taquilla donde despachan los billetes del tren de Villalba?

—Sí, señora.

Esta vez ha hecho la pregunta al último de la cola, o sea, que no lo ha podido escoger y, por lo mismo, se fía menos de la respuesta. Para que no desconfíen también de ella, explica:

Yo voy a Villalba, porque tengo una hermana que vive allí.

—Yo no; yo voy a Segovia.

Doña Hurguillas comprende que ha hecho bien en desconfiar de un pasajero que no va a Villalba, como ella, sino a Segovia, que cualquiera sabe donde está. Otro señor se acerca a la cola y pregunta:

—¿Es usted la última?

—Sí, señor. Sabe si es aquí donde despachan los billetes para Villalba?

—Sí, señora.

—¿Va usted a Villalba?

—No; yo voy a Torrelodones.

¡Nada, que una no se puede fiar de nadie! ¡Hay tanta gente que contesta que sí, sólo para acabar antes! Doña Hurguillas llega por fin a la taquilla y antes de sacar el dinero, al ver que ya la cosa se pone seria de veras, pregunta:

—¿Es aquí donde despachan los billetes para Villalba?

—Sí, señora.

—Pues, deme uno, ¿Cuánto vale?

—Cuatro ochenta y cinco.

Doña Hurguillas revuelve la faltriquera y saca cuatro pesetas y calderilla, y cuenta ocho piezas todas iguales, y las entrega junto con los billetes. Ya supone que faltará otra pieza más chiquita, pero espera que se la reclamen. A veces pasa.

—Faltan cinco céntimos.

—¿No me ha dicho ochenta y cinco?

—Pero sólo me da ochenta.

Doña Hurguillas busca y rebusca en la faltriquera y al fin encuentra la pieza chiquita que faltaba. ¡Mira que hacer perder el tiempo a tanta gente por tan poca cosa! Esto es lo que ella piensa, naturalmente.

Le dan un billete, y ella, al recibirlo, cambia de pensar: «Bueno; si me he equivocado, ya está».

Hay un hombre en la puerta del andén que le pide el billete para taladrárselo.

Ella piensa que si se lo taladran ya no lo podrá cambiar, y pregunta.

—¿Sirve para Villalba este billete?

—Sí, señora.

Menos mal. En el andén pregunta a un hombre que lleva un uniforme azul bastante sucio:

—¿Cuál es el tren de Villalba?

—En la vía siete.

Pregunta a otro cuál es la vía siete; vuelve a preguntar si aquel es el tren de Villalba y al fin, al ver que todo el mundo está de acuerdo, se decide a subir. Pero antes de sentarse pregunta a otro pasajero:

—¿Sabe si es el tren que pasa por Villalba?

—Sí, señora.

—¿Va a Villalba usted?

—No, señora, yo voy a Cercedilla.

Doña Hurguillas no se decide a tomar asiento. Repite la pregunta a otros pasajeros hasta que da con uno que también va a Villalba como ella. Por fin; esto es lo que ella necesitaba para estar segura. Se sienta delante del pasajero que también ha de bajar en Villalba y piensa: «Así no le perderé de vista». Pero un ratito después, al calor de la conversación general, le hace otra preguntita:

—¿Está usted seguro de no haberse equivocado de tren?

—Sí, señora; estoy seguro.

Desde que el tren arranca, aumenta la inquietud de doña Hurguillas. Ahora sí que la cosa no tiene remedio. Ya no hay manera de cambiar un tren por otro. El revisor le parece caído del cielo. Se levanta para poderle hablar confidencialmente y antes de darle el billete le pregunta:

—¿Sabe si este es el tren que pasa por Villalba?

—Sí, señora, a las seis treinta y dos.

—¿Para?

—Sí, señora.

—Es que algunos pasan de largo.

—Este, no; es correo.

—¿Lo sabe el maquinista que ha de parar?

—Sí, señora.

—No estará demás que se lo advierta no vaya a distraerse.

El revisor, que aun no está de mal humor, le asegura que los maquinistas no se distraen y que el tren parará dos minutos en Villalba.

—¡Ojalá!

Después de Galapagar, el pasajero que también ha de bajar en Villalba advierte:

—La próxima estación es Villalba.

—¿No nos habremos pasado ya?

—No, señora, es la próxima.

Doña Hurguillas se sobresalta y empieza a agitarse. Quiere evitar de todas maneras que la estación de Villalba la pase por alto. Ya no se fía de nadie más que de sí misma. Y justifica su actitud con una razón muy sensata,

—Es que en otro sitio cualquiera no vive ninguna de mis hermanas. Tengo dos.

Por fin el tren se detiene en la estación de Villalba y el otro pasajero se levanta. Ha llegado el momento de jugarse el todo por el todo, y doña Hurguillas hace siete preguntas iguales antes de decidirse a sa-

lir a la plataforma. Allí repite la pregunta a otro señor que ya tiene el pie en el estribo:

—¿Es aquí Villalba?

El señor señala un gran letrero en letras negras sobre fondo blanco que parece el escudo de la estación.

—¿No lo ve?

Doña Hurguillas lee el letrero tres veces con mucha calma: «Villalba». «Villalba», «Villalba», y al fin, antes de decidirse a saltar al andén, llama a un empleado y le hace la última pregunta desesperada:

—¿No podría estar cambiado este letrero?

Luego aparece la hermana, y ya no pasa nada más. Bueno.—Noel Clarasó

La gripe asiática

Otoño. Gripe. No sé si por nuestra tierra anda, por que del Asia la manda Mao Se Tung a Chan Kai Sé a modo de propaganda.

Contra ella no hay ninguna panacea hoy en vigor: ni un elixir, ni un licor, ni pastillas ni vacuna.

¡No pillarla es lo mejor!

Con la manta zamorana y el coñac, es suficiente, que es opinión de la gente, que un trago por la mañana nos deja el cuerpo caliente.

Y si cada media hora se echa un buen trago al coletito, a decir, me comprometo, que esa visita traidora nos tratará con respeto.

Nada de gripe. Solera de las bodegas de España. ¡Aunque solamente fuera por patriotismo, con saña echemos la gripe afuera!

Hermenegildo Rodríguez

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

La muerte. Etapa de trascendencia de nuestra vida. Está escrito irrevocablemente que hemos de morir. Pronto, muy pronto, por que la vida es muy corta. Pero la muerte señala un instante de la mayor importancia para cada uno de nosotros. Es preciso llegar a ella con la serenidad de conciencia, la tranquilidad de espíritu, y sin remordimientos de nuestra vida que nos llenen de inquietud.

—Cristiano, escucha la voz de tu conciencia. ¿La obedeces?

Vamos a discurrir, en secreto si quereis, sin que nadie nos oiga, sobre este problema de tanta trascendencia. Y vamos a tratar de plantearlo con sentido común, sin asustarse, pensando con serenidad en él y buscando la solución fácil para dominar nuestras inquietudes en esa hora que consideramos trágica, y que no lo es tanto.

La muerte es un hecho fatal. Tiene que venir tarde o temprano. Lo mejor para nosotros sería que viniera en la vejez, cumplidos ya nuestros objetivos humanos. Cuando ya no es necesaria nuestra vida a los demás, como lo es en los años en que nuestra familia precisa de nosotros para salir adelante. Después... ya viven sin nosotros, y es el momento de que nuestra muerte no origina graves trastornos.

Por eso, hemos de pedir a Dios llegar a esos años lejanos en que apartados de obligaciones ineludibles, y de nuestra misma profesión, podamos refugiarnos en Dios, dedicándole muchas horas diarias, ya que en nuestra vida las obligaciones, los deberes, el trabajo, nos tenían un poco apartados de él. Entonces, vamos a seguir pensando con egoísmo humano, nuestra vida llena de experiencias, de desengaños, de desilusiones, nos hace ver más clara la realidad de nuestra existencia, y nuestro destino final.

En ese momento, si hasta él llegamos, pero no obstante, hemos de prevenirnos en cualquier época de la vida, hagámonos cargo de que Dios puede llamarnos y hemos de estar prevenidos a esa llamada no teniendo cuentas graves pendientes que no podamos arreglar a tiempo.

Pero en cualquier caso, no veamos ese momento de modo trágico y fatal. Procuremos no vivir muy pegados a los bienes terrenales para no sentir la separación de los mismos al llegar ese momento.

Dios nos espera, nos llama cuando El cree conveniente, y hemos de confiar mucho en su misericordia.

No veamos en El al Dios del Sinai lleno de ira contra nosotros. Tengamos presente la visión del Dios del Gólgota, pidiendo al Padre, perdón por todos los hombres que pecan y no saben lo que hacen. Démonos cuenta de que su inmenso sacrificio fué un exceso de amor por nosotros. Que quien nos amó tanto para llegar a ese extremo, tiene que estar lleno de misericordia, ver nuestras debilidades, nuestra buena voluntad, nuestro gran dolor y nuestro sincera arrepentimiento cuando caemos vencidos por la tentación y por las pasiones humanas.

Inmensa es la justicia de Dios, que tiene en cuenta todos los aspectos de nuestros pecados, faltos de mala intención, y llenos de obcecación y pasiones que nos ciegan, para juzgar con su justicia exacta, distinta de la justicia humana, nuestra vida, que si está salpicada de pecados, también está llena de sufrimientos, de penas, de sacrificios, de trabajos constantes e inquietudes en el cumplimiento sagrado de nuestros deberes para con la familia, para con la sociedad y para con nues-

tra misma conciencia que nos va dictando constantemente el decálogo impuesto por Dios al hombre.

Llenémonos de ánimos y vivamos siempre como si El nos fuese a llamar en cualquier momento, con la conciencia limpia, cumpliendo con los deberes que nos imponen la vida que nos rodea, y confiemos en Dios que nos espera con los brazos abiertos como padre para perdonarnos en ese exceso de amor del que ha dado siempre al hombre tantas demostraciones.

...y vendrá el tiempo de que todos

los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios.

R.

La misa de los muertos

Era una pobrecita mujer, ya sola en el mundo.

De su corto peculio daba limosna a los pobres, encargándoles siempre que rogaran por los muertos. Al rayar el alba, celebraba una misa en sufragio por los que habían existido: nunca faltaba a su misa de los muertos. Envuelta en largo manto y al iniciarse el crepúsculo de la mañana acudía presurosa al templo, ...

Llegó el momento en que todo parecía acabar para ella, en que la lámpara de la vida iba a extinguirse por falta de alimento para alimentar su luz. Había dado hasta su última insignificante moneda a los pobres; y sus modestísimos vestidos a dos infelices a quienes había visto medio desnudas en la calle.

Vino la noche, y, al pensar en su situación para el día que había de amanecer, dijo con fe semejante a la de Abrahán: «Dios proveerá». Y se acostó tranquila, durmiendo poco después con sueño apacible. Poco le duró aquel sueño de beatitud. De pronto, despertó oyendo una campana, cuyo especial tañido indicaba ser la que convocaba a la misa de los muertos. Levantóse presurosa; se vistió a la tenue luz de la pequeña lámpara que todas las noches encendía para alumbrar a sus amigos del mundo eterno, y se dirigió a la ventana diciendo: «He dormido poco, no puede ser que amanezca tan pronto: ¿habrá sido una alucinación? He creído oír la campana...».

Abrió; miró al cielo, y, observando las estrellas, tuvo por cierto que apenas había pasado la media noche; más, en aquel punto, la campana repitió, clara y distintamente, sus especiales tañidos, tocando a misa de los muertos. Ya no cabía duda, y la pobrecita mujer salió de casa.

Encontró cerrada la gran puerta; más, al acercarse a ella, se abrió por sí sola, ofreciéndole franca entrada y llenándola de asombro. El templo aparecía iluminado por un sinnúmero de grandes blandones en todos los altares, y su espacioso ámbito, densamente cuajado de muchedumbre de

fieles puestos de rodillas y orando con el más intenso fervor.

Dirigióse a su acostumbrado sitio, que vió hallarse vacío y como respetado por los demás. Todos le habrían pasado sin mirarla ni ceder en su actitud de adoración, y atravesaba libre, como el pez en las ondas, sin tropezar en cuerpo ni vestidura. Al resplandor de los innumerables cirios, aparecían los semblantes como iluminados por la refulgente luz del sol. Miró la pobrecita buscando a sus asiduos compañeros de la misa de los muertos; no encontró ni uno solo. Los presentes, para ella desconocidos, aparecían todos como grandes señores y nobilísimas matronas de rostros venerables, con variadas y lujosas vestiduras, la mayor parte de tiempos anteriores y aun de lejanos siglos.

—¿Qué es esto, Dios mío? — dijo en su extrañeza, casi en su estupor: ¿dónde estoy?, ¿me encuentro tal vez soñando?

Lo que más le sorprendía era el profundo silencio que reinaba en aquella multitud: aun en la más callada soledad de los campos se oye algún rumor; allí, nada se oía: los labios se movían como si anunciásemos plegarias en alta voz; más nada llegaba a sus oídos; percibía el tenue roce de su manto, hasta su propia respiración; de lo demás, nada....

Apareció en el altar el sacerdote, precedido de los acólitos, para celebrar la misa de los muertos; los tres se movían, se arrodillaban, se levantaban según las exigencias del ritual, más siempre en el más profundo silencio: ni al celebrante ni a los acólitos, se oía niugna de las oraciones. Al levantar la hostia y el cáliz, los fieles se inclinaron hasta posar sus frentes en el suelo; uno de los acólitos agitaba la campanilla; la pobre mujer lo veía, más no llegaba a oír el sonido todo era silencio.

Poco después se presentó un acólito con gran bandeja, y principió a hacer

la acostumbrada colecta para los muertos; todos depositaban sus ofrendas, pero el metal no sonaba.

Cuando llegó al sitio donde se hallaba la pobre mujer, estaba ya rebotando de relucientes monedas de oro; la pobrecita sintió una angustia mortal: nada tenía que dar. El acólito la miró con inefable dulzura, como insistiendo en su ruego; entonces tuvo una súbita alegría: reparó en que llevaba una joya, el anillo de oro que había recibido, ante el altar, el día de su boda.

—Ya, ¿para qué le quiero?—dijo entre sí—. Pobrecitos muertos; para vosotros, Y sacando del dedo anular y besándolo con intenso amor, lo puso en la bandeja.

Al tocar en ella, el anillo sonó: aquel vibrante sonido fué lo único que interrumpió tan profundo silencio; repercutió en el templo, e, instantáneamente, se apagaron todas las luces.

Cuando al amanecer acudieron los sirvientes a abrir las puertas de la iglesia, la encontraron muerta en el sitio acostumbrado; junto a ella había un anillo. Lo había dado todo por los que ya no vivían: lo último fué su vida. Y la dió en medio de ellos, en la misa de los muertos.—Julían M. de Sabando.

Comentando

LA GRIPE

(SEGUNDA PARTE)

Mi querido «Sustituto» ha tratado en el anterior número de esta revista de la gripe, de un modo tal, que tal parece que le tiene miedo, o al contrario, que no le vió las narices ni de lejos. Si esto es cierto, me alegro, y si la causa de su escrito fué el miedo; que lea él mismo su artículo, y que trate de consolarse lo mejor que sepa. Pero la realidad, es que la gripe es algo más serio que todo eso.

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros' núm. 13 GIJON Teléfono 3392

Esto no quiere decir que su visita sea del todo llena de preocupaciones graves, pero sí con las suficientes molestias.

Yo no la conozco de vista, pero sí de referencias. Por eso puedo atestiguar que su malignidad no fué de veras perversa. No obstante...

Una familia amiga mía, como si se pusiesen de acuerdo, todos sus componentes: padre, madre, tres hijos, dos hijas, sirvienta y perro, se agriparon en común, y en común se quedaron en la cama. Una vecina caritativa les atendió y les llamó el médico, que se apresuró a visitarles en vista de tan insólito caso de clientela afectuosa. Se presentó en la casa, con toda su campechanería, que era mucha, su salsa que no era menos, y su sandunga de primera marca.

Y el padre de familia, en representación de toda la casa, le preguntó:

—Y qué, doctor. ¿Será, acaso, esto la fiebre asiática?

—¡Pues claro que sí, hombre. Si ustedes no se privan de nada.

—¿Y de qué provendrá eso, señor?

—Pues mire usted, dijo el Doctor, con mucho aire de suficiencia. En la mayoría de los casos, proviene esta dichosa afección, del uso immoderado de fumar opio, o bien de comer naranjas mandarinas, o arroz con palitos, del excesivo uso del kimono, o de abanicarse con un papay, o de viajar en palanquín o de tomar baños de sol naciente. Supriman ustedes en sus vidas todas esas cosas, y la gripe asiática desaparecerá como por encanto. Claro que, a lo mejor, al marcharse, deja en su lugar una gripe española de mil demonios, pero la asiática se les quita. Y no dió otra receta, ¿Para qué?

La familia en cuestión se puso nuevamente de acuerdo y llamaron a otro doctor que tomase las cosas más en serio. Y les visitó solícito, y a todos ello en comandita, les puso en tratamiento. Y a la vecina la vacunó en previsión de un posible contagio. Y a los cuatro días, tuvo que asistirlos otra vecina, porque aquella, en cuanto su organismo se dió cuenta de la vacunación, cayó en cama con una gripe peor que la de sus asistidos. La nueva vecina que los asistía, no se vacunó y vive, así como todos mis amigos. No se puede decir lo mismo de la primera vecina,

Yo, en vista de este final, subasté al mejor postor las vacunas que para los míos y para mí había adquirido, y me dediqué tranquilamente a atender mi negocio.

HERO

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)